



PSICOLOGÍA AMBIENTAL ¿DISCIPLINA DE LA PSICOLOGÍA U OBJETO INTERDISCIPLINARIO?

ENVIRONMENTAL PSYCHOLOGY, A DISCIPLINE OF PSYCHOLOGY OR AN INTERDISCIPLINARY OBJECT?

Tomeu Vidal

Universitat de Barcelona

tvidal@ub.edu

Recibido: 12/04/2014 Evaluado para corrección: 19/10/2014 Publicado: 10
Febrero, 2015

Abstract:

Although the Environmental Psychology is often defined as the study of the interrelationship between people and sociophysical environments, the interrogation that gives the title of this paper illustrates a frequent source of tension in any field, whose object of study is in the interaction among several elements (people, environment ...). To paraphrase the title of a section on the historical foundations of Environmental Psychology in Brazil, this tension refers to the issue of their identity and their uncertainties. Its author, José de Queiroz Pinheiro, then asked: *"In what "area" are trying ?, Psychology (or Social Psychology) here applied to environmental problems? ¿Socio-Environmental Psychology? ¿Human Ecology? ¿Social Ecology? Or Environmental Psychology? »* (Pinheiro, 2001, p. 14)

Such questions often lead to descriptions of the evolution of the "areas", areas, disciplines or as we prefer to label their objects and ways of analysis. None pouring here a historiography of Environmental Psychology, nor only of its major milestones, we propose to show some of these questions, doubts and uncertainties –revisiting the main perspectives and agendas of future, around its interdisciplinary nature. Our goal is to reveal some elements about the tension between the dimension as a discipline and the claim of interdisciplinarity in the evolution of Environmental Psychology.

To meet this objective we review some reflections made about what it is and where it goes the discipline. Many of these contributions come from authors considered leaders in their geographic areas of influence, from meetings, conferences and seminars or "commissions" in the form of articles, chapters in handbooks or monographic revision numbers and / or conceptual foundation.

To do this, we start with a brief remark of the study of human-environment interaction in the relationship between disciplines and the presentation of some milestones in the history of Environmental Psychology to show some of its axes of tension, which are focussed into to check the agendas of questions and lines of future research and development and the epistemological approaches and methods that arise, ending with a final reflection before conclusions.

Key Words: Psychology, Interdisciplinarity, Environmental Psychology

Resumen

Aunque la Psicología Ambiental se suele definir por el estudio de la interrelación entre las personas y los entornos sociofísicos, la interrogación que da título a este texto ilustra una frecuente fuente de tensión en cualquier ámbito, cuyo objeto de estudio se halle en la interacción de varios elementos (personas, entorno...). Parafraseando el título de un apartado sobre los fundamentos históricos de la Psicología Ambiental en Brasil, esta tensión remite al asunto de su identidad y sus incertidumbres. Su autor, José de Queiroz Pinheiro, se preguntaba entonces: *¿De que “área” estamos tratando aquí?, ¿Psicología (o Psicología Social) aplicada a problemas ambientales? ¿Psicología Socioambiental? ¿Ecología humana? ¿Ecología social? ¿O Psicología Ambiental?* (Pinheiro, 2001, p. 14).

Este tipo de preguntas suelen conducir a descripciones del devenir de las “áreas”, ámbitos, disciplinas o como se prefieran etiquetar sus objetos y miradas de análisis. Sin ánimo de verter aquí una historiografía de la Psicología Ambiental, ni tan sólo de sus principales hitos, proponemos mostrar algunas de sus preguntas, dudas e incertidumbres —visitando sus principales perspectivas, indicaciones y agendas de futuro—, en torno a su naturaleza interdisciplinar. Nuestro objetivo es revelar algunos elementos con que se teje la tensión entre, la acotación como disciplina y la reivindicación de la interdisciplinariedad, en el devenir de la Psicología Ambiental.

Para afrontar dicho objetivo se revisan algunas reflexiones vertidas en torno a lo qué es y hacia dónde va la disciplina. Muchas de estas aportaciones provienen de autores que son considerados referentes en sus áreas geográficas de influencia, a partir de encuentros, conferencias, congresos y jornadas o “encargos” en forma de artículos, capítulos de *handbooks* o números monográficos de revisión y/o de fundamentación conceptual.

Para ello empezamos con una breve acotación del estudio de la interacción persona-entorno, con la relación entre disciplinas que la define (primer apartado) y la presentación de algunos hitos de la historia de la Psicología Ambiental (segundo apartado), con el fin de mostrar algunos de sus ejes de tensión, los cuales se concretan algo más al revisar sus agendas de preguntas y líneas de desarrollo e investigación futuras (tercer apartado) y las aproximaciones epistemológicas y los métodos con que se plantean (cuarto apartado), para terminar con un reflexión final (quinto apartado), antes de las conclusiones.

Palabras claves: Psicología, Interdisciplinariedad, Psicología Ambiental

EL ESTUDIO DE LA INTERACCIÓN PERSONA-ENTORNO. LA INTERDISCIPLINARIEDAD COMO RESPUESTA



Asumiendo que el objeto de estudio de la Psicología Ambiental se centra en la interrelación entre las personas y los espacios, un primer eje de tensión viene marcado por el diferente énfasis de cada elemento de la relación. Así, cuando se destacan los comportamientos de las personas, parece que fuera la Psicología quien quisiera “disciplinar” el estudio de la

citada interacción. Mientras que cuando lo más destacable son los espacios físicos, disciplinas como la Arquitectura, el Urbanismo o el Diseño Urbano parecerían interesadas en “delimitar” desde este foco, el estudio de la interrelación.

En la Psicología Ambiental el debate entre la mono y la interdisciplinarietà también emerge si atendemos incluso sólo al primer elemento de la interacción, no siendo lo mismo centrarse en los comportamientos que en las personas.

En el primer caso, cuando el énfasis recae en los comportamientos, el reduccionismo no sólo puede deberse a la mirada psicológica en sí. Para ser más precisos, cabe observar con que visión epistemológica, teórica y metodológica de la Psicología se realiza. Cierto es que en Psicología ha dominado cierto enfoque epistemológico que ha priorizado el estudio del comportamiento de manera aislada e individual. Nos referimos a aproximaciones que pretenden explicar la relación persona-entorno a partir del estudio de la conducta observable, la percepción, la cognición y otros conceptos eminentemente psicológicos, desatendiendo con frecuencia el contexto sociofísico o en su defecto, entendiéndolo como una variable externa. Para más detalle sobre este punto, es útil revisar las denominadas “cuatro visiones del mundo en Psicología” apuntadas por Irwin Altman y Barbara Rogoff en su clásica aportación al *Handbook of Environmental Psychology* de 1987, a la que volveremos más adelante.

En cambio, otras aproximaciones matizan la mirada anterior con el estudio de “comportamientos sociales”, o bien directamente etiquetan el otro elemento de la relación objeto de interés con el término “personas”, para atender varias de sus dimensiones (física, social, cultural, biológica). En este sentido, no es casualidad que a falta de una asociación internacional de Psicología Ambiental, el principal foro de ésta sea la *International Association People-Environment Studies (IAPS)*. Fundada en 1981, sus orígenes se remontan a diversas conferencias internacionales previas celebradas desde 1969, bajo la etiqueta de Psicología de la Arquitectura (IAPC), con la interdisciplinarietà como carta de presentación. El propio sitio web oficial de la asociación recoge este énfasis, destacando su carácter de “fórum para autores interesados en el intercambio interdisciplinar y en el estudio de las interrelaciones y transacciones entre las personas y sus entornos sociofísicos (naturales y construidos)

y la relación de este ámbito con otras ciencias sociales y naturales (biológicas) y con las profesiones ambientales” (IAPS, 2014).

Con argumentos parecidos, a finales del milenio, Amos Rapoport (1997) emplazaba a buscar formulaciones más generales en las teorías sobre el diseño ambiental, indagando en otras conexiones laterales (otras disciplinas) mediante modelos sistémicos, para estudiar las relaciones ambiente-comportamiento. Este autor estadounidense, nacido en Varsovia, es considerado uno de los fundadores de lo que el mismo apremiaba a convertir en una nueva disciplina —sin obviar muchos de sus problemas. Nos referimos a los Estudios Ambiente-Comportamiento, inexacta traducción del *Environment Behavior Studies (EBS)* y que constituye otra de las etiquetas aplicada al estudio de la interacción con los entornos.

Con un mayor interés por cuestiones relacionadas con el diseño de entornos, los EBS¹ se vinculan a la *Environmental Design Research Association (EDRA)*, que es otra importante asociación² nacida en su primer encuentro celebrado en 1968, en Estados Unidos, bajo cuyos auspicios se fundó, al año siguiente, la primera revista científica del área: *Environment and Behavior (E&B)*. A ésta revista siguieron, en los inicios de la década de 1980, otras tres más³, de las cuales destacamos la *Journal of Environmental Psychology (JEP)*, que junto a la pionera E&B constituyen las revistas de referencia del ámbito de estudio.

En suma, Psicología Ambiental y *Environment-Behavior Studies* son dos de las etiquetas habituales, pero no sinónimas, para referir el estudio de la interacción entre las personas y los entornos. Para tener una visión más precisa y detallada sobre la “persistente” preocupación en torno a la identidad de la perspectiva psicológica en el área más amplia de los estudios ambiente-comportamiento, y su capacidad de supervivencia, dirigimos al lector a la exhaustiva revisión de los trabajos publicados en E&B y JEP, desde su fundación hasta 2005, realizada por Maria Vittoria Giuliani y Massimiliano Scopelliti, en 2009. Tal como resumen David Uzzell y Gabriel Moser (2009) en la introducción del monográfico en que se incluye dicha aportación, además de las diferencias entre ambas, la revisión de los autores italianos muestra la siguiente tensión.

Mientras que la adopción de la etiqueta EBS podría conducir a una comunidad de investigación más inclusiva, la fuerza de la contribución de la Psicología se basa en su enfoque científico, basado en la evidencia empírica, para la comprensión de las relaciones entre las personas y los entornos. Pero sería incorrecto deducir que unos enfoques sean menos valiosos que otros, o que la Psicología sea el enfoque correcto o, incluso, el único. En definitiva, son enfoques diferentes, con distintas maneras de hallar evidencias. La contribución de la Psicología Ambiental a la comunidad

¹ En su formulación inicial, en la década de 1960, se denominó *Environmental Design and Human Behavior*. Esta etiqueta fue de uso habitual, y simultánea con la de Psicología de la Arquitectura, durante unos años, para referirse al estudio de la interacción persona-entorno, como se apunta en el siguiente apartado.

² Además de la IAPS y la EDRA, existe otra asociación en Japón, la *Man-Environment Research Association (MERA)* que agrupa también los intereses por la interacción persona-entorno.

³ Además de las citadas *Environment and Behavior* y *Journal of Environmental Psychology*, las otras dos revistas consideradas del área son *Architecture & Behaviour* y *Journal of Architectural and Planning Research*.

académica y profesional proviene, en suma, de unas particulares formas de pensar y de cierta tradición científica empírica (Uzzell y Moser, 2009).

Tanto si se remite a la etiqueta EBS o a la Psicología Ambiental, a la EDRA o a la IAPS, las llamadas a la interdisciplinariedad son comunes. Aunque cabe clarificar lo que suele entenderse por mono-, multi-, pluri-, inter- y trans- disciplinar. Un debate en el que han contribuido varios autores (Brandão, 2014; Brandão y Remesar, 2010; Klein, 1990; Lawrence, 2011; Moser, 2005).

Gabriel Moser (2005) efectuó un análisis del tipo de colaboración entre disciplinas observado en los trabajos presentados en el congreso de la IAPS, celebrado en París cinco años antes. De las cerca de 100 sesiones del congreso, la mayoría combinaba diferentes disciplinas sobre un mismo tópico, proporcionando la oportunidad de una discusión multidisciplinar. Tres cuartas partes de éstas contenían trabajos presentados por científicos sociales y por arquitectos y expertos en diseño urbano y planeamiento. El fallecido autor francés expone la colaboración entre disciplinas a partir de los objetivos de: la construcción de teoría, donde predomina el conocimiento monodisciplinar; el diagnóstico, en el que concurren múltiples lógicas disciplinares (multidisciplinar) y, por último la intervención, en la que puede darse la interdisciplinariedad —con la confrontación o la colaboración frente a un problema común— y la transdisciplinariedad —en la que se comparte la identificación de problemas, los análisis son integrados y se formulan respuestas en común.

Con una lógica similar en cuanto al énfasis en los “momentos” interdisciplinarios, Julie Thompson Klein (1990), define de esta manera estos momentos de síntesis, que van desde la definición del problema hasta la integración de propuestas, pasando por la resolución de conflictos entre disciplinas debido a los problemas de lenguaje. Pedro Brandão y Antonio Remesar (2010) proporcionan además dos niveles de sistematización de la interdisciplinariedad en la práctica del diseño urbano: la formulación y clarificación de los temas y conceptos implicados; y, como segundo nivel, la resolución de los problemas, centrándose en una profunda integración de todas las perspectivas. Para estos dos autores, el diseño urbano requiere de la interacción de conocimientos, porque su objeto de estudio (la ciudad y su construcción) es de naturaleza interdisciplinaria, ya que requiere de conocimientos de muchas disciplinas, entendidas como “instrumentos”, llevándoles a concebir la enseñanza del diseño urbano como un proceso integrador y de síntesis, basado en la acción y que incluye la complejidad y la incertidumbre de manera natural.

De manera similar, desde el ámbito de la Psicología Ambiental, Roderick J. Lawrence (2011) defienden la pertinencia de contribuciones interdisciplinares —caracterizadas por el intercambio de conocimientos entre disciplinas académicas— y transdisciplinar —entendidas como la integración de los conocimientos científico-disciplinar, técnico-profesional y tácito de la gente leg— para mejorar el conocimiento de los ecosistemas urbanos. Mientras que para el Diseño Urbano, de nuevo Brandão (2014), concluye que se trata de un conocimiento colaborativo e integrado, y por tanto, interdisciplinar, que puede empezar por una acción multidisciplinar —sin integración permanente—, llegando al otro extremo, a una lógica transdisciplinar, en ciertos casos.

Este énfasis por temas situados “entre disciplinas” o por la aproximación a otras, además de la Psicología, puede observarse en diferentes momentos de la historia de la Psicología Ambiental. A través de varias aportaciones, Enric Pol (1988, 1993, 2006,

2007) ha venido trazando una mirada sobre la misma, en la que nos vamos a detener algo más, por su interés para el objetivo de este texto. Su mirada sociohistórica, exhaustiva y atenta a las interacciones entre los planteamientos teóricos, los condicionantes sociales e institucionales y el devenir vital de sus autores⁴, permite ilustrar este carácter interdisciplinar, además de aplicado, o como el propio autor apunta, inmersa “entre una oferta [de la psicología ambiental] y una demanda [social]” (Pol, 2001, pp. 55 y 56).

UNA HISTORIA ENTRE EL ENTORNO CONSTRUIDO Y EL MEDIO AMBIENTE



A continuación destacamos dos de las cuatro fases que propone Enric Pol. Una, se sitúa en los inicios de la década de 1960 (en la que nos detendremos algo más) y la otra, a mediados de la de 1980, por su carácter de inicio y de reorientación, respectivamente.

Es bastante común situar los inicios de la Psicología Ambiental al principio de la década de 1960, como momento álgido en cuanto a demandas de administraciones públicas y de los ámbitos de la ingeniería, la arquitectura y el urbanismo (Pol, 2001). En este periodo, que finaliza entre mediados y finales de la década de 1980, aparecen una cantidad importante de textos que versan sobre la relación comportamiento-ambiente, centrados principalmente en el entorno construido, junto a numerosas reuniones y congresos con la etiqueta de Psicología Ambiental o Psicología de la Arquitectura (Pol, 2006). Pol refiere esta etapa inicial como la era de la Psicología de la Arquitectura, aunque se trate en realidad de un “segundo nacimiento” de la disciplina, puesto que propone dos etapas previas: “la primera psicología ambiental”, en el primer tercio de siglo XX, y “la transición americana”⁵.

Volviendo a esta Psicología de la Arquitectura iniciada en los sesenta, el autor catalán destaca un aspecto clave que matiza dos desarrollos diferenciados, en Norteamérica y en Europa, ante esta “demanda”. Se trata del proceso de reconstrucción social y, en especial, de las ciudades europeas, después de la II

⁴ Un ejemplo de este acento por relacionar teorías, acontecimientos y autores, especialmente la interrelación entre estos últimos, es el término de “colegios invisibles”, destacado por el autor ya en sus primeras aportaciones, cuyo significado remite a las redes de influencia entre autores, a partir del intercambio mutuo de información mediante medios no formales (comunicaciones directas y personales). Ciertamente es un elemento clave para entender muchos de los vaivenes de ideas, conceptos y preguntas con que se teje la historia de la Psicología Ambiental.

⁵ Sin ánimo de extendernos en las dos etapas previas, el autor destaca importantes aportaciones en torno a lo urbano (Simmel), la educación (Muchow), el trabajo (Jahoda), en el primer tercio del siglo XX, además de los inicios de la percepción y la cognición ambiental, en la denominada transición americana, que propiciaron los mapas cognitivos y los *behavior settings*, entre otras aportaciones relevantes.

Guerra Mundial, una vez conseguido un “nivel mínimo de supervivencia” (referido por Levi y Anderson, 1976/1980, citado en Pol, 2001). Es decir, tras 15 años del final de la guerra, una vez recuperadas unas mínimas condiciones de vida y consolidado el tejido social, es cuando se empiezan a plantear reivindicaciones sobre derechos sociales y condiciones de habitabilidad. Es este aspecto el que destaca Pol (2001) para distinguir una Psicología Ambiental con mayor orientación social (en Europa) y otra con una vinculación mayor hacia la Psicología individual (en Estados Unidos), la cual devendrá dominante.

El mismo autor proporciona algunos ejemplos de esta doble orientación (social e individual), a partir de trabajos considerados pioneros, previos a dicho periodo. Los trabajos de Terence Lee (1954) en Inglaterra, vinculados a la construcción de nuevos hábitats, de nuevas áreas residenciales —en edificios para personas acostumbradas a lo que algunos han denominado la ciudad horizontal—, para acoger población desplazada o inmigrante de zonas rurales; evidencian esta orientación social en la que técnicos y políticos se preguntaban por la adaptación de la población a los nuevos hábitats, forzados precisamente por reivindicaciones sociales y de habitabilidad. Mientras que los trabajos pioneros de Robert Sommer (1959) y Humphrey Osmond (1957), vinculados al comportamiento espacial en hospitales psiquiátricos estadounidenses, a demanda de gestores de dichas instituciones, se dirigían a ofrecer respuestas de carácter individual, principalmente por la facilidad de análisis, observación y de sometimiento a situaciones cuasi-experimentales de intervención, con un enfoque psicológico individual (incluso clínico).

Pol (2007) destaca este periodo, definido por demandas sociales y contextuales externas, con una doble procedencia: desde la arquitectura, preocupada por construir entornos más funcionales y confortables; y desde las preocupaciones compartidas con otras disciplinas ante la cuestión ambiental-ecológica. Pero esta segunda es más nominal que real, como infiere el mismo autor, a partir del volumen de aportaciones en la literatura científica y en congresos, e incluso observando la mayor presencia de capítulos dedicados al entorno construido en el libro *Environmental Psychology*, editado en 1970 por Harold M. Proshansky, William H. Ittelson y Leanne G. Rivlin. En palabras de Pol (2007), la Psicología Ambiental del periodo es, de facto, una psicología limitada a la arquitectura, en menor medida a las dinámicas urbanas y testimonialmente centrada en los aspectos ambientales-ecológicos.

Otro hecho característico de este periodo, señalado por Pol (2007) y que de nuevo nos muestra esta situación “entre disciplinas”, es la coexistencia de varias etiquetas durante este periodo: Psicología de la Arquitectura, en las décadas de 1960 y 1970, en USA y Europa; *Environmental Design and Human Behavior*; Psicología Ecológica (en términos de Roger Barker); Psicología del Espacio (en el área francófona); además del genérico nombre de Psicología Ambiental, utilizado por primera vez por Ittelson en 1964 (salvando la *Psychologie der Umwelt* de Hellpach, en 1924) y pronto adoptada en Gran Bretaña. Las razones esgrimidas por Pol (2007) para explicar esta variedad, se deben fundamentalmente a la amplitud del objeto, a la interdisciplinariedad del campo de estudio y a los enfoques teóricos, provocando que Psicología Ambiental y Psicología de la Arquitectura convivan durante algunos años como etiquetas genéricas y casi sinónimos.

Pero a pesar de haber referencias constantes a antecedentes de orientación social (la tradición de la Escuela de Chicago y sus seguidores, el interaccionismo simbólico,

sociólogos como Goffman y psicólogos sociales como Lewin, Sherif, Festinger, etc), en cambio, la mayoría de los trabajos que se presentan en congresos y revistas de la época, se centran en la evaluación de la reacción individual a entornos arquitectónicos concretos, sea para valorar su funcionalidad o aceptación por el usuario o como componentes del entorno de vida. Mientras que el significado y el valor simbólico del espacio, presentes en algunos macroestudios, especialmente de arquitectura, urbanismo y otras ciencias sociales, aparecen muy poco en los trabajos empíricos (Pol, 2007).

Pol sintetiza este periodo con un fuerte inicio motivado por la relevancia del objeto (necesidades y demandas sociales enfocadas al diseño urbano y la adaptación a condiciones de habitabilidad), que será abandonada por la academia (preocupada por el rigor científico, acorde a un determinado modelo de ciencia psicológica que prioriza el laboratorio), para más tarde tratar de reencontrar la relevancia perdida (Pol, 2001). Esta secuencia, incluso el debate entre el rigor científico y la relevancia social, no es exclusiva de la Psicología Ambiental, puesto que se trata de la “crisis” de la Psicología Social, así denominado por algunos autores (Munné, 1989), el periodo de finales de la década de 1960. Se trata de una crisis metodológica y de relevancia social, provocada por el desencuentro entre los métodos utilizados para dar respuesta a los problemas sociales.

La contradicción principal de esta etapa reside en que la demanda que políticos y técnicos le hacen a la Psicología Ambiental, especialmente en Europa, es eminentemente social, mientras que las respuestas de la disciplina, al menos hasta entrados la década de 1980, fue principalmente individual. Esta constatación lleva al propio autor a interrogarse de manera crítica ¿para quién y para qué es la Psicología Ambiental? (Pol, 2001, p. 55). A nuestro entender, la cuestión de la identidad y las incertidumbres (apuntada previamente, con Pinheiro, 2001) propiciada por este discordancia entre oferta (individual) y demanda (social), consideramos que puede concretarse aún más en la poca adecuación de perspectivas, teorías y métodos de la Psicología (individuales), responsables en suma del difícil acercamiento a las demandas (sociales), incluso a otras disciplinas que le abrieran a otras perspectivas, teorías, lenguajes y métodos.

La crisis de la Psicología de la Arquitectura o Ambiental, encontrará su salida a finales de la década de 1980, con lo que Pol (2001, 2006, 2007) ha calificado de “doble giro”, social y ambiental, de la disciplina, situado entre 1988 y 1992. El giro social se hace evidente a partir de diversas aportaciones de autores relevantes (Moscovici y Jodelet, Fischer); el *Handbook* de 1987 editado por Stokols y Altman y una importante conferencia celebrada en Lisboa en 1986 (*Social and Environmental Psychology in the European Context*), en las que afloran perspectivas que reivindican la comprensión de comportamiento socioambiental, perspectivas transaccionales (que se detallan algo más en el cuarto apartado) y, en síntesis, en una sensibilidad social para dar respuesta a los problemas ambientales.

Mientras que el giro ambiental vendrá propiciado por demandas orientadas a lo que más tarde se denominará sostenibilidad, tras el informe Brundtland (1987) y la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio ambiente y el Desarrollo, celebrada en Río de Janeiro en 1992. La toma de conciencia ambiental, que Robert Bechtel (2000) calificará como ‘tercera revolución del pensamiento’ tras la Copemicana y el Darwinismo, recuperará las aportaciones iniciadas años atrás, sobre el comportamiento ecológico responsable, pero ahora con más fuerza, dando forma

a lo que Pol (2001, 2006, 2007) ha calificado de transición de la Psicología de la Arquitectura a la Psicología Ambiental verde.

Sintetizando este recorrido histórico, a la búsqueda de tensiones que reflejan la relación con otras disciplinas, de nuevo convenimos con Pol (2007, p. 21), en que en el último periodo se recupera de manera progresiva una perspectiva holística, además de la construcción interdisciplinar del conocimiento. El medio construido no desaparece como objeto de estudio, más bien incorpora los valores de la sostenibilidad como parámetro fundamental para la mejora de la calidad del entorno.

De esta historia también puede inferirse que para resolver el desajuste entre demandas complejas y respuestas (primero) individuales y (después) sociales y ambientales, cabe añadir el parámetro de la interdisciplinariedad a la ecuación. Esto nos lleva a tratar de precisar el tipo de facilidades y dificultades existentes, para propiciar respuestas interdisciplinares. Partimos de la idea que dichas problemáticas, tanto las relacionadas directamente con el diseño urbano como con el marco ambiental-ecológico, los dos temas principales de la agenda de la Psicología Ambiental, son complejas y requieren de miradas interdisciplinares. Veamos con más detalle este aspecto, ya que no sólo tiene que ver con los temas o la agenda de la Psicología Ambiental —en lo que nos detendremos a continuación—, sino con los enfoques epistemológicos y posicionamientos metodológicos que permiten entender la complejidad de los problemas —que trataremos después.

LAS AGENDAS PSICOAMBIENTALES



Analizando varias de las propuestas o agendas de temas para el futuro de la disciplina, con la que la mayoría de *Handbooks* suelen conducir en sus capítulos finales, o libros dedicados al estado de la cuestión, números monográficos de revistas o artículos de reflexión, una de las constantes es precisamente la llamada a la interdisciplinariedad. Veamos cuales eran estas agendas y como eran

concretadas dichas llamadas a situarse en diálogo con otras disciplinas, realizadas en el traspaso de milenio.

En una recopilación de textos realizada por Pinheiro y otros autores (2001), fruto de diferentes reuniones promovidas por el *Laboratório de Psicologia Sócio-Ambiental e Intervenção* (LAPSI-IPUSP) de Brasil, el anfitrión y principal impulsor de dichos encuentros, ofrece en sus páginas iniciales una sugerente reflexión que permite enmarcar el sentido de la mayoría de aportaciones realizadas. Pinheiro (2001, p. 23), considera básico conseguir un intercambio profesional y científico, dentro de un espíritu de humildad y solidaridad, necesario para el trabajo interdisciplinar, ya que finalmente todos vivimos en partes de un mismo ambiente.

De dicho libro destacamos las aportaciones de una de sus autoras cuyas reflexiones se orientan pensando en América Latina. De entrada, Esther Wiesenfeld (2001) proponía un futuro para la Psicología Ambiental en América Latina, en la que la universidad no siguiera desvinculada de otros sectores e instituciones de sus respectivos países, así como de sus problemáticas particulares. Consciente de los cambios importantes que ello requiere y de su incidencia en las decisiones y acciones políticas, la autora venezolana plantea varias dudas y preguntas. Por ejemplo, sobre si “es conveniente rescatar la especificidad de lo ambiental en los problemas sociales que confrontamos, o [si] debemos afrontarlos en su complejidad, reconociendo en ella lo ambiental como una de varias dimensiones que constituyen expresiones parciales de un problema”, a lo que añade, “en cualquiera de los dos casos [...] ¿es conveniente incorporar otras áreas de la psicología y otras disciplinas en el estudio de esta temática? [En caso afirmativo] ¿Cómo hacerlo? [En caso negativo] ¿Cómo argumentar la redefinición de la Psicología Ambiental, ciencia concebida desde sus orígenes como interdisciplinaria? (Wiesenfeld, 2001, p. 39).

El resto de sugerentes interrogantes indicados por Wiesenfeld tenían que ver con la forma de concretar estos cambios lo que le llevaba a cuestionarse la conciliación de temas locales con globales, además de los distintos intereses y prioridades de los diferentes agentes; la promoción, desde la academia, del trabajo con otros actores; el fomento de la aplicación de resultados de investigaciones en organismos que diseñan políticas y toman decisiones y, finalmente, el balance entre desarrollo teórico y aplicado, entre otros. La autora auguraba aprendizaje y satisfacciones en la discusión de estos aspectos, aunque sin obviar las importantes dificultades fruto de las diversas realidades y discrepancias de modelos de desarrollo.

La autora ejemplifica una de estas discrepancias a partir de la llamada a presentación de propuestas (*call for papers*), a una lista de psicólogos de la IAPS, para la edición del futuro *Handbook of Environmental Psychology* (publicado al año siguiente, en 2002). Como respuesta a esta llamada “las diferencias no se hicieron esperar. [...] Unos] plantean [...] temas comunes identificados en diversas publicaciones, que den cuenta de la especificidad de lo ambiental y de lo psicológico en la disciplina, otros sugieren incorporar temas que revelen las dificultades de delimitar estos aspectos e incluso cuestionan la necesidad de delimitar las disciplinas; los primeros desean transmitir una información uniforme y consensual mientras que los segundos rescatan las divergencias y la complejidad; unos rescatan el tratamiento global de la disciplina, otros defienden el tratamiento contextual...” (Wiesenfeld, 2001, p. 41).

Las palabras de Wiesenfeld permiten inferir, no tan solo la tensión en torno a la especificidad y la diversidad de la disciplina, lo que puede traducirse en cierto modo en la reivindicación de visiones monodisciplinares o interdisciplinares, sino el cuestionamiento de la propia necesidad de disciplinas, en algunas de las posturas reflejadas.

Unos pocos años antes de la publicación de estas reflexiones de la autora venezolana, Daniel Stokols, de la Universidad de California y autor junto con Altman del *Handbook* de 1987, también expresaba sus pronósticos para la Psicología Ambiental del siglo XXI. En un manual que recogía las investigaciones de la disciplina, realizadas entre científicos de Japón y Estados Unidos a lo largo de los últimos 15 años (Wapner, Demick, Yamamoto y Takahashi, 1997), Stokols exponía las futuras líneas de investigación de la disciplina, relacionadas con cinco principales

preocupaciones que la sociedad debía afrontar (cambio ambiental global, violencia, impacto de la tecnología, promoción de salud comunitaria e implicaciones de la vejez en el diseño ambiental y la planificación comunitaria). Descartando la posibilidad de establecer una “gran” teoría de la relación comportamiento-entorno, consideraba previsible la consolidación de algunas teorías de medio alcance (*middle-range theories*) subrayando, especialmente, la esperable interconexión de la psicología con disciplinas afines, augurándole una mayor prevalencia para los años siguientes (Stokols, 1997, p. 341).

Más concretamente, el autor refería la conexión entre la Psicología Ambiental, la Arquitectura y el Diseño Urbano. Como ejemplos de este paradigma de investigación transversal auguraba un importante desarrollo en métodos de investigación, tanto previas al diseño (Predesign Research, PDR) —simulación ambiental, programación, estrategias de revisión de diseño— como de evaluación post-ocupacional (Post-Occupancy Evaluation, POE), además de un incremento de la atención a las necesidades individuales y de grupos específicos en el diseño ambiental (según diferencias en estilos de vida, ciclo vital, discapacidades, género, etnia, etc.). Por esta razón auspiciaba un esfuerzo por parte de arquitectos y diseñadores urbanos en el desarrollo de proyectos urbanos y de edificios más efectivos y completos.

El autor consideraba previsible el desarrollo de estrategias comunitarias en la solución de problemas (contando con la participación de los usuarios) y de teorías que tuvieran en cuenta, y de manera más amplia, el contexto. Entre las estrategias de intervención comunitarias destacaba la investigación de las necesidades ambientales para mejorar la interacción de las personas en sus entornos, como por ejemplo: el desarrollo cognitivo infantil en entornos residenciales; la calidad de guarderías, escuelas y entornos de juegos para niños; la cohesión social en barrios urbanos; la calidad y el confort de entornos laborales y el diseño de entornos residenciales para personas mayores. Más enfoques completos e integrales para la planificación y el diseño comunitario permitirían considerar las diferencias (edad, género, cultura, etnia...) de las personas ante una amplia variedad de entornos; abordar las relaciones existentes entre múltiples escenarios de conducta e incorporar pautas de diseño para incrementar la calidad de la vida de las personas y la salud en barrios y comunidades.

Stokols (1997) preveía (o deseaba, tal vez) que la Psicología Ambiental optará por unos abordajes más completos e integrales en el estudio de la relaciones personas-entornos a través de teorías contextuales amplias, con mayor diversidad de métodos de investigación y con estrategias comunitarias de solución de problemas que abarcaran múltiples perspectivas disciplinares (arquitectura, diseño urbano, psicología ambiental). Ante esta perspectiva, destacaba tres factores clave para su efectividad: (1) la capacidad de investigadores para ir más allá de sus disciplinas, siendo generosos para expandir sus horizontes científicos adoptando otras perspectivas teóricas y metodológicas; (2) el grado en que paradigmas transversales y aproximaciones multidisciplinarias permitan una mejor comprensión de tópicos de investigación concretos; y (3) la medida en que las circunstancias históricas, geográficas, políticas y socioculturales de determinadas regiones impongan límites al logro de un conocimiento de la relación persona-entorno más transcultural, en lugar de un conocimiento culturalmente específico.

Siguiendo con el ánimo de desvelar las principales dificultades para conseguir la “indiscutida” interdisciplinariedad que aparece en la mayoría de “agendas” veamos

dos aportaciones más, elaboradas por Amos Rapoport e Irwin Altman, en sendos capítulos del manual ya referido (Wapner y otros, 1997). El ya citado Amos Rapoport (1997) indicaba algunos problemas y dificultades para lograr una teoría explicativa sobre los Estudios Ambiente-Comportamiento (EBS, en sus siglas en inglés). De forma contundente denunciaba la falta de conocimiento de la literatura científica por parte de los investigadores —hasta el punto de tildar algunas aportaciones de “reinventar la rueda”—; un exceso de investigaciones empíricas aisladas; la inadecuada consideración de otros campos por parte de muchos investigadores; la insuficiente preocupación por la síntesis en muchas aportaciones; el poco esfuerzo en la construcción de teoría; la falta de acuerdo en los significados y en el uso de conceptos y, por último, un escaso interés por el debate abierto, crítico y explícito de las ideas.

La contundente apreciación de Rapoport, no coincide en la forma de las valoraciones de Stokols, pero sí en algunos contenidos. Ambos autores coinciden en la necesidad de desarrollar teorías. Es cierto que Stokols no confiaba en una “gran” teoría que lo explicara todo —a diferencia de Rapoport—, pero ambos asumen la posibilidad de devenir en disciplina y la necesidad de avance teórico “acumulativo” para su desarrollo. Para ambos autores este desarrollo requiere de mayor conexión con otras aportaciones y con otras disciplinas, de manera análoga a otros campos interdisciplinarios (bioquímica, biofísica, neurociencia..).

De distinto parecer es la crítica elaborada por Irwin Altman (1997), quien provocativamente titulaba su capítulo interrogándose si los EBS son una disciplina e incluso si deberían serlo. Para Altman, la cuestión de si se trata de un campo o una disciplina es la menos relevante de todas. No sin cierta ironía, se declaraba “agnóstico” ante la idea de desarrollar una disciplina coherente y unificada de los EBS, negando su viabilidad mientras ésta se hiciera a partir de llamadas generales y abstractas a la acumulación y la síntesis de conocimientos y al desarrollo teórico sin más (Altman, 1997, p. 426). Para poder continuar trabajando en los EBS, lo cual sí es necesario, es más urgente atender y reorientar nuestras asunciones de tipo filosófico, teórico y epistemológico, con respecto a la acción y la investigación desarrolladas en el “ámbito”. Estos aspectos que “normalmente no se verbalizan y en cambio se mantienen y se ponen en práctica sin ser conscientes de ellas” (Altman, 1997, p. 426), merecen una atención un poco más detallada, como veremos a continuación.

HACIA UNOS ENFOQUES EPISTEMOLÓGICOS Y POSICIONAMIENTOS METODOLÓGICOS TRANSVERSALES



Cualquier campo o disciplina relacionada con el entorno físico debe organizarse en torno a unos determinados procesos humanos (aspectos, dimensiones, etc.). A partir de dicha afirmación, Altman desarrolla su argumento entendiendo que cada disciplina se centra en distintos y determinados procesos humanos, ya sea por sus intereses en los procesos de



interacción interpersonal, el ciclo vital, la salud, la calidad de vida en comunidades y barrios, los procesos cognitivos, etc. Pero lo que Altman no concibe es que una disciplina pueda centrarse en el entorno físico y *todos* los procesos humanos, es decir, en la posibilidad de crear un campo que trate todas las actividades humanas relacionadas con los ambientes (Altman, 1997, p. 427).

Sus argumentos para rebatir el esfuerzo en convertirse en una disciplina, al mismo tiempo, conducen a lo que sí es “necesario” hacer para seguir trabajando en los estudios ambiente-comportamiento, y aprender de la diversidad de contenidos y enfoques. Altman (1997) explicita que el contacto con otros investigadores y profesionales de distintos ámbitos le “abrieron la mente” a la idea que existen muchas formas de conocimiento y muchas maneras de encontrar “evidencias”. La reivindicación de Rapoport (1997) y Stokols (1997) en conocer otras disciplinas e investigadores para adoptar otras perspectivas teóricas y metodológicas, en el caso de Altman, junto con Barbara Rogoff, ya se había concretado previamente en una de las aportaciones epistemológicas más conocidas del ámbito psicoambiental.

Altman y Rogoff (1987) describen una taxonomía con cuatro formas de ver el mundo o perspectivas en el estudio de los fenómenos psicológicos: del rasgo (o individualista), interaccionista, organísmica (o sistémica) y transaccional. Sintetizando algunas aportaciones de los filósofos John Dewey, Arthur Bentley y Stephen Pepper, estas cuatro visiones varían entre sí en términos de las unidades de estudio o análisis; la consideración del cambio y la estabilidad o dimensión temporal; y los métodos de investigación, derivados de su filosofía de la ciencia o supuestos epistemológicos, y relacionados con los supuestos teóricos asumidos.

En cuanto a las unidades de análisis, las tres primeras perspectivas (rasgo, interaccionista y organísmica) se centran en separar y definir de manera

independiente los procesos psicológicos, los contextos sociales y los entornos físicos, asumiendo que los fenómenos deben ser analizados en elementos, dimensiones o subunidades discretas e independientes (aunque de manera diferente en cada perspectiva). Por el contrario, la perspectiva transaccional asume la inseparabilidad del entorno físico, psicológico y social, buscando entenderlo como un todo unificado (Altman, 1997; Altman y Rogoff, 1987).

Lo más interesante es que Altman no pretende afirmar la existencia de una unidad de análisis más correcta que otra. En cambio, insiste en la necesidad de especificar la unidad de análisis de lo que esté siendo estudiado, las razones para hacerlo y la perspectiva (filosófica, epistemológica o forma de ver el mundo) que guía nuestra elección, y por tanto, nuestra manera de pensar. De no explicitarlo, no es posible conectar, comparar y diferenciar las diferentes investigaciones, o relacionándolo con lo apuntado por Rapoport (1997), no es posible un debate “abierto, crítico y explícito de las ideas”, lo que facilita el diálogo entre ideas, campos o disciplinas.

Con respecto a la forma de entender el cambio y la estabilidad, cada una de las perspectivas conduce a distintas consideraciones de la causalidad. La perspectiva del rasgo asume la estabilidad y el cambio de los fenómenos psicológicos desde mecanismos preestablecidos. Mientras que la perspectiva interaccionista asume el cambio fruto de la influencia entre entidades personales/sociales y entornos, la cual opera mediante mecanismos que la regulan. En la perspectiva organísmica esta regulación es teleológica, es decir, la dirección de los cambios está dispuesta por determinados mecanismos. Finalmente, la perspectiva transaccional asume la estabilidad y el cambio como aspectos intrínsecos de los fenómenos psicológicos y sociales. El cambio ni procede necesariamente en una determinada dirección, ni bajo la dirección de unos mecanismos monolíticos, más bien es emergente e independiente en su incidencia y dirección.

Insistiendo en la necesidad de explicitar nuestro enfoque temporal de los procesos, por las mismas razones esgrimidas en el caso de las unidades de análisis, Altman (1997) vincula la diferente consideración de la estabilidad y el cambio con las diferentes reglas para legitimar la evidencia; los fines académicos y científicos; los distintos enfoques causales⁶ y las visiones sobre la “objetividad”. Esto implica que sin una explicitación y argumentación de dichas decisiones, en torno a la interacción persona-entorno considerada en cada investigación o intervención, se hace más difícil poder “dialogar” con otras investigaciones o intervenciones para poder precisar cada una de las potencialidades y limitaciones.

La especificación y justificación de las reglas de legitimación de la evidencia (empírica), de la “objetividad” y de la causa son aspectos que tienen que ver con los métodos de investigación. Íntimamente ligados a las preguntas de investigación, los métodos determinan el tipo de información obtenida e influyen en la forma de concebir y entender los fenómenos estudiados (aproximaciones teóricas). En lugar de utilizar el método que mejor se ajusta al problema, Altman (1997) desaprueba el ajuste del problema al método que muchos autores realizan, apoyados en la creencia que ciertos métodos son más correctos que otros (en términos absolutos)

⁶ Altman y Rogoff (1987) relacionan (respectivamente) cada una de sus cuatro perspectivas (del rasgo, interaccionista, organísmica y transaccional) con los cuatro tipos de causas aristotélicas (material, eficiente, final y formal).

para entender el fenómeno, o que la investigación tiene mayor mérito por el hecho de utilizar métodos mejor valorados o por estar de moda.

En cuanto a la influencia de los métodos de investigación en las aproximaciones teóricas utilizadas, el autor advierte que los conceptos o principios teóricos que subyacen en cada investigación, con frecuencia no son conocidos por los investigadores o profesionales de otros campos, por lo que sin su explicitación y argumentación, no es posible una comunicación entre disciplinas, más allá de lo superficial. Es necesario desvelar a los demás nuestras ideas implícitas y explicar abiertamente los conceptos y supuestos teóricos asumidos.

En suma, la completa aportación de Altman, en la que nos hemos detenido con más detalle, puede resumirse en la necesidad de explicitar, a los demás, las aproximaciones (epistemológicas, metodológicas, teóricas) que asumimos, en términos de unidades de análisis, enfoques temporales (causales) y articulación teórica. Coincidimos con Altman, que la mejor manera de progresar, como campo, disciplina o lo que sea, depende de nuestro entendimiento, propio y de los demás, de las asunciones teóricas, filosóficas y epistemológicas en el estudio de la interacción persona-entorno. De esta manera seríamos más influyentes y veríamos nuestro trabajo fortalecido por enfoques de otros autores, más capaces de expresar y argumentar lo que pensamos y lo que hacemos en los estudios ambiente-comportamiento, lo cual ratifica nuestras creencias y acciones, revela las limitaciones de nuestros enfoques y nos abre a nuevas posibilidades que no habíamos contemplado, independientemente de que ello permita devenir en disciplina o no (Altman, 1997, p. 433).

SI LA INTERDISCIPLINARIEDAD ES LA RESPUESTA, ¿CUÁL ERA LA PREGUNTA?

Tanto si hablamos de Psicología Ambiental como de Estudios Ambiente-Comportamiento, uno de los rasgos distintivos del estudio de la interacción entre las personas y los entornos es su carácter interdisciplinario. Este acuerdo aparece arraigado ya desde sus orígenes modernos, como expresaba Kenneth Craik (1973), en el *Annual Review of Psychology*, en la que se considera la primera revisión del desarrollo de la Psicología Ambiental.

Pero tras la breve revisión histórica efectuada y las declaraciones y visiones de futuro apuntadas, en forma de agendas para la disciplina, con las pertinentes orientaciones teóricas y metodológicas al respecto, cabe indagar por la vigencia, a día de hoy, de lo apuntado en el cambio de milenio. En otras palabras, nos preguntamos si se ha desarrollado una mayor concordancia entre demandas y respuestas (Pol, 2001); un mayor conocimiento de la literatura científica por parte de los autores y el acercamiento a otras disciplinas, gracias al mayor interés por el debate abierto, crítico y explícito de ideas (Rapoport, 1997); más acercamiento por parte de la universidad a otros sectores e instituciones y hacia los problemas particulares, conciliando lo local con lo global, en su aplicación a decisiones políticas (Wiesenfeld, 2001).

Cabe preguntarse también por la mayor o menor consideración de teorías que contemplen el contexto, con diversidad de métodos, aunándolas con estrategias

comunitarias de solución de problemas para abarcar más perspectivas disciplinares (Stokols, 1997). Y en suma, si se explicitan los principios epistemológicos y teóricos de los cuales se parte, para facilitar el conocimiento y el debate entre disciplinas; y si se está más extendida la asunción que existen muchas formas de conocimiento y muchas maneras de legitimar “evidencias”, y por lo tanto es mayor el uso simultáneo de diferentes métodos y técnicas, adecuados a las preguntas de investigación (Altman, 1997).

Somos conscientes de no poder dar respuesta a todas y cada una de estas preguntas, ni en estas páginas, ni en muchas más. Pero si al menos queremos finalizar con algunas observaciones (extraídas del *handbook* editado por Robert Bechtel y Arza Churchman en 2002 y de un monográfico del JEP, editado en 2009, por David Uzzell y Gabriel Moser) que seguro contribuyen a la tensión en torno a la naturaleza interdisciplinar de la Psicología Ambiental, con que iniciábamos este texto.

Tal vez por su proximidad temporal a las “agendas” que destacábamos en el cambio de milenio, el *Handbook* editado en 2002 por Robert Bechtel y Arza Churchman, recogía tímidamente algunas de estas consideraciones. Un capítulo (Wapner y Demick, 2002) se dedicaba a precisar seis contextos (físico, psicológico, sociocultural de la persona y otros tres análogos, del ambiente) para desarrollar teorizaciones en torno a las relaciones Ambiente-Comportamiento acordes con estos contextos, en la línea de lo apuntado por Stokols (1997). Aunque la citada consideración de teorías que contemplen el contexto, era apuntada con profundidad a través de la aportación de Carl F. Graumann (2002), en su capítulo dedicado al enfoque fenomenológico, recogiendo algunas aportaciones previas en torno a la interdisciplinariedad de la Psicología Ambiental como ejemplo del contextualismo (Grauman, 2000) y de la apropiación del espacio como fenómeno fundamental.

Las estrategias comunitarias para la solución de problemas era presentada en un capítulo firmado por Esther Wiesenfeld y Eudides Sánchez (2002), recogiendo varios ejemplos de la experiencia latinoamericana, mientras que Liisa Horelli (2002) abordaba, en un exhaustivo capítulo, diferentes técnicas y procedimientos para la planificación urbana participativa.

Bechtel y Churchman (2002) también procuraron la publicación de cinco capítulos relativos a establecer vínculos con otras disciplinas (Psicología clínica, Antropología, Sociología, Psicofisiología y Planificación urbana), en la línea de lo apuntado por Rapoport (1997) y otros autores. Finalmente, un capítulo firmado por Werner, Brown y Altman (2002) se dedicaba a mostrar estrategias, además de diversos ejemplos de investigación orientada desde el enfoque transaccional, en línea con lo apuntado por el propio Altman (1997).

Más cercano en el tiempo, en el año 2009, David Uzzell y Gabriel Moser dirigieron un número monográfico en el *Journal of Environmental Psychology*, cuyas aportaciones más relacionadas con nuestros interrogantes destacamos a continuación. Fruto de un simposium internacional organizado por la IAPS, algunos años antes en São Paulo, en tomo al papel de la Psicología Ambiental en el estudio de las cuestiones ambientales, Uzzell y Moser, ampliaron el debate a otras controversias más sobre la disciplina. Entre ellas destacamos las disputas en torno a los conocimientos, las competencias y la experticia de otras disciplinas que se consideran necesarias para hacer una Psicología Ambiental más efectiva; además de las consabidas propuestas

de agendas temáticas y metodológicas para los futuros 10 años; así como las fortalezas y debilidades actuales.

Al respecto, Winkel, Saegert y Evans (2009) observan que la mayoría de relaciones ambiente-comportamiento se comprenden mejor considerando las variables mediadoras y moderadoras, lo cual con frecuencia es olvidado, al igual que el descuido del contexto y la dimensión temporal, proponiendo como solución modelos estadísticos multinivel. Con respecto a esta última apreciación, Robert Gifford (2009), editor de la revista JEP, introducía una nota de precaución a la aplicabilidad de tal solución para la mayoría de situaciones. En su aportación al monográfico, Gifford mostraba sus dudas ante el riesgo de dejarse llevar por la “última” moda metodológica, tras haber sido testigo de otras tantas. Su reticencia nos recuerda la mencionada desaprobación de Altman (1997), sobre el uso de determinados métodos “por estar de moda” o por considerar que unos son más correctos que otros, independientemente del problema, en lugar de seleccionar el método en función del problema.

En torno a la causalidad y las formas de contemplar el cambio y la estabilidad —siguiendo lo apuntado por Altman (1997)—, David Uzzell y Nora Rätzel (2009) reivindican el enfoque transaccionalista para abordar la máxima asumida por todos los psicólogos ambientales, es decir, la idea que personas y entornos se hallan vinculados de forma mutua y compleja y que deben abordarse conjuntamente. Para Uzzell y Rätzel, lo sorprendente es la escasa evidencia de que el enfoque transaccionalista haya sido entendido y operacionalizado, a pesar de ser una aproximación verdaderamente pertinente para la Psicología Ambiental. Esta apreciación es confirmada por el propio Gifford, de manera bastante gráfica, al decir que “[el enfoque transaccional] es raramente utilizado, al menos en los estudios que han pasado por mi mesa, como editor [del JEP]” (Gifford, 2009, p. 388). El propio Gifford se responde a sí mismo para explicar este hecho, sugiriendo la falta de instrumentos analíticos para las aproximaciones transaccionales. Aunque en su respuesta descarte el uso de métodos narrativos, para lo que considera investigaciones transaccionales empíricas, considera un desafío incorporar el enfoque transaccional en la investigación empírica cotidiana. Sin ánimo de avivar la polémica, a nuestro entender, dicha tensión ejemplifica precisamente lo que Altman (1997) exponía claramente: la necesidad de desvelar a los demás nuestras ideas implícitas y explicar abiertamente los conceptos y supuestos teóricos asumidos.

Volviendo a Uzzell y Rätzel (2009), para estos autores, la Psicología Ambiental debería priorizar el estudio de la reciprocidad entre personas y entornos y las formas en que ambas reproducen, mutuamente, las condiciones materiales para su existencia, aportando el ejemplo de la sostenibilidad. Lo que podemos considerar como parte de la agenda temática y metodológica de la Psicología Ambiental actual, para los dos autores, una psicología ambiental “transformadora” debería poner el acento en las relaciones de producción y consumo, las relaciones sociales y políticas en las que se forman valores, actitudes y comportamientos, y las insostenibles formas de vida y de trabajo, además de los entornos producidos y reproducidos (Uzzell y Rätzel, 2009, p. 340).

A MODO DE CONCLUSIÓN..., Y DE APERTURA

Si quisiéramos ofrecer una respuesta a nuestra tramposa pregunta inserta en el título de este texto, es obvio que no podemos ofrecer una réplica clara, ni absoluta. Si bien es cierto que el propósito de su formulación no era el de perseguir su respuesta, sino plasmar como se entiende la tensión entre disciplinas, en el estudio de la interacción persona-entorno, lo cual sí podemos conducir de algún modo.

Del periplo realizado a partir de significadas aportaciones de la Psicología Ambiental y/o de los Estudios Ambiente-Comportamiento, queremos subrayar algunas de las tensiones observadas en torno a la interdisciplinariedad, asumida de manera amplia como característica del campo de estudio o disciplina.

En primer lugar insistimos en la importancia de explicitar las aproximaciones (epistemológicas, metodológicas, teóricas) asumidas en cada investigación o intervención, en términos de unidades de análisis, enfoques temporales (causales) y articulación teórica, para poder “dialogar”, conectar y comparar con otras aportaciones, con el fin de facilitar el diálogo entre ideas, campos y disciplinas (Altman, 1997; Rapoport, 1997; Wiesenfeld, 2001).

Esta consideración implica ampliar la capacidad de investigadores para ir más allá de sus propias disciplinas —adoptando otras perspectivas teóricas y metodológicas—, además de aumentar la capacidad inductiva y explicativa mediante paradigmas transversales entre ámbitos —que permitan la comprensión de tópicos de investigación— y fomentar el carácter transcultural en el conocimiento de la relación persona-entorno (Stokols, 1997).

En cuanto a la disposición de investigadores para ir más allá de sus propias disciplinas, coincidimos con Brandão y Remesar (2010) en el papel de la enseñanza del diseño urbano y, para nuestro caso, la formación en psicología ambiental y el resto de disciplinas interesadas en el estudio de la interacción persona-entorno. Una formación que es entendida por dichos autores como un proceso integrador y de síntesis, basado en la acción y que incluye la complejidad y la incertidumbre de manera natural.

Para Ombreta Romice (2005) la educación, el entrenamiento y la experiencia, modelan las profesiones al punto de convertir las formas de mirar los problemas, construir escenarios y procurar soluciones. De lo que se infiere la necesidad de ampliar la mirada a otras disciplinas para deshacer malentendidos habituales, como

el de la Arquitectura respecto la Psicología Ambiental —como mero estudio de preferencias sobre el proyecto— o el de la Psicología Ambiental con respecto a la Arquitectura —falta de consciencia, precisión y comprensión. Si es verdad que la educación modela las propiedades conceptuales de modo tan diferenciado, entonces la integración debe comenzar en la academia y las universidades (Romice, 2005).

En este sentido, son relevantes las aportaciones de un estudio sobre la interdisciplina en los procesos de enseñanza/aprendizaje del proyecto urbano, realizado en el seno del Máster en Diseño Urbano de la Universidad de Barcelona (Brandão, Castillo, Esparza, Padilla, de Oliveira, Pinto, Ríos, Salas y Sasa, 2014). Entre sus principales conclusiones subrayamos la reivindicación de la formación interdisciplinar, capaz de guiar a los estudiantes durante el proceso, contenedora de espacios para reconocer a los distintos saberes, así como su posibilidad de generar convenciones en lenguaje y conceptos, además de desarrollar evaluaciones multicriterio que permitan complementar las propuestas de trabajos y de proyectos.

En suma, la formación académica y profesional, junto a las oportunidades de poder establecer un diálogo abierto, crítico y explícito de las ideas (Rapoport, 1997) — donde compartir perspectivas, métodos y responsabilidades, entre expertos profesionales y no profesionales (Brandão, 2014)—, son dos vías fundamentales para tratar de trascender las barreras de la propia disciplina, que en el caso de contemplar la diversidad cultural, incidirán también en el fomento del carácter transcultural del conocimiento de la relación persona-entorno.

En cuanto a la importancia de paradigmas transversales, coincidimos con el emplazamiento a las conocidas aproximaciones transaccionales de Altman y Rogoff (1987), como apuntan Uzzell y Rätzel (2009), o hacia enfoques de investigación-acción transdisciplinar, como defiende Stokols (2006) —recuperando las aportaciones de Kurt Lewin—, para confrontar conocimientos de investigadores de diferentes disciplinas, miembros de la comunidad y políticos. Aun asumiendo su dificultad de operacionalización (Gifford, 2009), son necesarios este tipo de enfoques complejos, puesto que el objeto (interacción persona-entorno) también lo es. Evidentemente, esta complejidad debe nutrirse, desde el punto de vista metodológico, de la combinación de métodos, comunes entre disciplinas sociales y de diseño (estudios de caso, entrevistas, etc.) y específicos de algunas de éstas (planos) (Omstein, 2005).

En suma, estas son algunas de las tensiones y conflictos que a la vista de las revisiones realizadas, nos parecen relevantes en la agenda actual y no tan reciente de los estudios sobre la interacción entre las personas y los ambientes, y de la Psicología Ambiental en particular. Si este texto sirve para incidir en nuevas reflexiones y la apertura a otros cambios, habremos colaborado de algún modo en la necesaria interdisciplinariedad. Tal vez fuera eso la pregunta.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALTMAN, I. (1997). Environment and Behavior Studies. A Discipline? Not a Discipline? Becoming a Discipline? En S. Wapner, J. Demick, T. Yamamoto y T. Takahashi (Eds.). *Handbook of Japan-United States Environment-Behavior Studies. Toward a Transactional Approach*. (pp. 423-434). New York: Plenum Press.

- ALTMAN, I., Y ROGOFF, B. (1987). Worldviews in Psychology: Trait, interactional, organismic, and transactional perspectives. En D. Stokols e I. Altman (Eds.). *Handbook of Environmental Psychology: vol 1*. (pp. 1-40). New York: Wiley.
- BECHTEL, R.B. (2000). The Third Revolution in Thinking and Its Impact on Psychology. *Medio Ambiente y Comportamiento Humano, I* (1), 1-7.
- BECHTEL, R. B., Y CHURCHMAN, A. (Eds.) (2002). *Handbook of environmental psychology*. New York: Wiley.
- BRANDÃO, A.L, CASTILLO, M., ESPARZA, D., PADILLA, S.E., DE OLIVEIRA, L.P.M., PINTO, A.J., RÍOS, M., SALAS, X., Y SASA. Z. (2014). Interdisciplina: la Enseñanza / Aprendizaje en Proyectos de Diseño Urbano. *On the w@terfront, 29*, 22-40.
- BRANDÃO, P. (2014). Diseño urbano e interdisciplinariedad. [Urban Design and Interdisciplinarity]. *On the w@terfront, 30*, 58-72.
- BRANDÃO, P. Y REMESAR, A. (2010). Interdisciplinarity – Urban design practice, a research and teaching matrix. *On the waterfront, 16*, 3-33. <http://www.ub.edu/escult/Water/water16/onthewaterfront16.pdf>
- CRAIK, K. H. (1973). Environmental psychology. *Annual Review of Psychology, 24*, 403–422.
- DEVINE-WRIGHT, P. (2013). Think global, act local? The relevance of place attachments and place identities in a climate changed world. *Global Environmental Change, 23*, 61–69
- GRAUMANN, C. F. (2000). Context as a problem of psychology. [Kontext als Problem der Psychologie] *Zeitschrift Fur Psychologie, 208*(1-2), 55-71.
- GRAUMANN, C.F. (2002). The Phenomenological Approach to People-Environment Studies. En R. B. Bechtel y A. Churchman (Eds.). *Handbook of environmental psychology*. (95-113). New York: Wiley.
- GIFFORD, R. (2009). Environmental psychology: Manifold visions, unity of purpose. *Journal of Environmental Psychology 29*, 387-389.
- GIULIANI, M.V., Y SCOPELLETI, M. (2009). Empirical research in environmental psychology: Past, present, and future. *Journal of Environmental Psychology 29*, 375–386.
- HORELLI, L. (2002). A Methodology of Participation Planning. En R. B. Bechtel y A. Churchman (Eds.). *Handbook of environmental psychology*. (607-628). New York: Wiley.
- IAPS. INTERNATIONAL ASSOCIATION FOR PEOPLE-ENVIRONMENT STUDIES. <http://www.iaps-association.org/about-us/people-environment-studies/> recuperado el 2 de agosto de 2014.
- KLEIN, J. T. (1990). *Interdisciplinarity. History, Theory and Practice*. Detroit: Wayne State University Press.
- LAWRENCE, R. J. (2011). Analysing urban diversity. The pertinence of interdisciplinary and transdisciplinary contributions. En M. Bonaiuto, M. Bonnes, A. M. Nenci y G. Carrus (Eds.), *Urban Diversities-Environmental and Social Issues. Advances in People-Environment Studies Vol. 2*. (pp. 19-29). Göttingen, Germany: Hogrefe.

- LEE, T. (1954). *A study of urban neighbourhood*. Cambridge University. Unpublished doctoral dissertation.
- MOSER, G. (2005). Psicologia ambiental e estudos pessoasambiente: Que tipo de colaboração Multidisciplinar? *Psicologia USP*, 16(1/2), 131-140.
- MUNNÉ, F. (1989). *Entre el individuo y la sociedad. Marcos y teorías actuales sobre el comportamiento interpersonal*. Barcelona: PPU.
- ORNSTEIN, S. W. (2005). Arquitetura, Urbanismo e Psicologia Ambiental: uma reflexão sobre dilemas e possibilidades da atuação integrada. *Psicologia USP*, 16(1/2), 155-165.
- OSMOND, H. (1957). Function as a basis of psychiatric Ward design. *Mental Hospital*, 8, 23-29.
- POL, E. (1988). *La psicología ambiental en Europa: un análisis sociohistórico*. Barcelona: Anthropos.
- POL, E. (1993). *Environmental Psychology in Europe: From Architectural Psychology to Green Psychology*. Aldershot, England: Avebury.
- POL, E. (2001). Ejes de tensión y nueva agenda para la Psicología Ambiental. En Pinheiro, J.Q.; Wiesenfeld, E.; Pol, E.; Montagna, P.; Damergian, S.; Goubert, J.P.; Eckensberger, L.H.; Moser, G.; Tasara, E.T.; Rabinovich, E.P. *Panoramas interdisciplinares para uma Psicologia Ambiental do Urbano* (pp. 51-67). Sao Paulo: Educ-Editora da PUC-SP.
- POL, E. (2006) Blueprints for a History of Environmental Psychology (I): From First Birth to American Transition. *Medio Ambiente y Comportamiento Humano*, 7(2), 95-113.
- POL, E. (2007) Blueprints for a History of Environmental Psychology (II): From Architectural Psychology to the challenge of sustainability. *Medio Ambiente y Comportamiento Humano*, 8(1y2), 1-28.
- PINHEIRO, J.Q. (2001). (Um pouco da) Psicologia Ambiental no Brasil: identidade, incertezas, perspectivas. En Pinheiro, J.Q.; Wiesenfeld, E.; Pol, E.; Montagna, P.; Damergian, S.; Goubert, J.P.; Eckensberger, L.H.; Moser, G.; Tasara, E.T.; Rabinovich, E.P. *Panoramas interdisciplinares para uma Psicologia Ambiental do Urbano* (pp. 11-26). Sao Paulo: Educ-Editora da PUC-SP.
- PROSHANSKY, H. M.; ITTELSON, W. H. Y RIVLIN, L. G. (Eds.) (1970). *Environmental Psychology: People and their physical settings*. New York: Holt, Rinehart & Winston.
- RAPOPORT, A. (1997). Theory in Environment Behavior Studies. Transcending Times, Settings, and Groups. En S. Wapner, J. Demick, T. Yamamoto y T. Takahashi (Eds.). *Handbook of Japan-United States Environment-Behavior Studies. Toward a Transactional Approach*. (pp. 399-421). New York: Plenum Press.
- ROMICE, O. (2005). Conhecimento, interdisciplinaridade e Psicologia ambiental. *Psicologia USP*, 16(1/2), 167-178.
- SOMMER, R. (1959). Studies in personal space. *Sociometry*, 22, 247-260.
- STOKOLS, D. (1997). Directions of Environmental Psychology in the Twenty-first Century. En S. Wapner, J. Demick, T. Yamamoto y T. Takahashi (Eds.). *Handbook of Japan-United States Environment-Behavior Studies. Toward a Transactional Approach*. (pp. 333-353). New York: Plenum Press.

STOKOLS, D. (2006). Toward a Science of Transdisciplinary Action Research. *American Journal of Community Psychology*, 38, 63–77. DOI 10.1007/s10464-006-9060-5

STOKOLS, D., Y ALTMAN, I. (Eds.) (1987). *Handbook of environmental psychology*. New York: John Wiley & Sons.

UZZELL, D., Y MOSER, G. (2009). Introduction: Environmental psychology on the move. *Journal of Environmental Psychology*, 29, 307-308.

UZZELL, D., Y RÄTZEL, N. (2009). Transforming environmental psychology. *Journal of Environmental Psychology*, 29, 340-350.

WAPNER, S., Y DEMICK, J. (2002). The Increasing Contexts of Context in the Study of Environment Behavior Relations. En R. B. Bechtel y A. Churchman (Eds.). *Handbook of environmental psychology*. (3-14). New York: Wiley.

WAPNER, S., DEMICK, J., YAMAMOTO, T., Y TAKAHASHI, T. (1997). *Handbook of Japan-United States Environment-Behavior Studies. Toward a Transactional Approach*. New York: Plenum Press.

WERNER, C.M., BROWN, B.B., Y ALTMAN, I. (2002). Transactionally Oriented Research: Examples and Strategies. En R. B. Bechtel y A. Churchman (Eds.). *Handbook of environmental psychology*. (203-221). New York: Wiley.

WIESENFELD, E. (2001). Tendencias y perspectivas de desarrollo en Psicología Ambiental. En Pinheiro, J.Q.; Wiesenfeld, E.; Pol, E.; Montagna, P.; Damergian, S.; Goubert, J.P.; Eckensberger, L.H.; Moser, G.; Tasara, E.T.; Rabinovich, E.P. *Panoramas interdisciplinarios para una Psicología Ambiental do Urbano* (pp. 27-49). Sao Paulo: Educ-Editora da PUC-SP.

WIESENFELD, E., Y SÁNCHEZ, E. (2002). Sustained Participation: A Community Based Approach to Addressing Environmental Problems. En R. B. Bechtel y A. Churchman (Eds.). *Handbook of environmental psychology*. (629-643). New York: Wiley.

WINKEL, G., SAEGERT, S., Y EVANS, G.W. (2009). An ecological perspective on theory, methods, and analysis in environmental psychology: Advances and challenges. *Journal of Environmental Psychology*, 29, 318-328.

ACKNOWLEDGEMENTS

Este trabajo deriva del proyecto de investigación del Ministerio de Educación de España, HAR2012-30874. INTERDISCIPLINA. PROBLEMÁTICA EN PROYECTOS DE ARTE PÚBLICO Y DISEÑO URBANO.